



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE MAYO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

En las horas largas

LA ESPERA DE PALOMA.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

En el parque había un árbol de limones. El sol caía sobre sus hojas como una sábana de peces, tiñendo las hojas de tonalidades que iban desde lo muy claro hasta lo muy oscuro, haciéndolas parecer desde arenques plateados a palometas oscuras, pasando por las caballas. El viento de pronto desprendía una hoja seca, amarilla, haciéndola volar unos metros hasta que caía en la tierra sombra tostada. Las ramas se mecían saludando a los transeúntes y al poco tiempo se escuchaba crujir a una de ellas. Un pajarito no tardaba en aterrizar sobre alguna rama, por donde saltaba acercándose a la orilla, para luego emprender el vuelo nuevamente.

Bajo el árbol de limones había una banca de acero, pintada en verde oliva, despintada en pedazos, dejando ver: un color negro azabache que, en ocasiones, bajo la luz intensa del sol, parecía azul violeta. En el centro del respaldo, en forma de corona, se encontraba un círculo y adentro de este, el águila juarista encima de un nopal de siete pencas, con las alas abiertas de frente, sosteniendo en su pico sin curvar, a la serpiente. Encima del águila podía leerse "República Mexicana" y abajo del nopal se extendían dos ramas, una de encino y otra de laurel.

Desde lejos podía verse a Paloma sentada en la banca, bajo la sombra del limón. Una chica de veinticinco años, de estatura baja y complexión delgada que ocupaba una tercera parte de la banca. No había otro árbol cerca, ni otra banca. El solitario parque estaba inundado solo por la luz solar que caía sobre la tierra seca y algunas pequeñas áreas de zacate que apenas y podían notarse. Aunque el árbol medía casi tres metros de altura, a lo lejos se veía pequeño por la soledad que flotaba ahí.

Observándola de frente, Paloma parecía tranquila. Se mantenía quieta, con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha. Calzaba tenis blancos y llevaba jeans azules claros, además de una blusa de tirantes, estampada con figuras de flores, con pétalos grandes de colores. Hacía minutos que había cruzado sus brazos, mirando hacia un lado, notando a lo lejos el transitar de la gente por la orilla del parque mientras se dirigía a la iglesia. Sonaron diez campanadas y una bandada de palomas se desprendió de las ramas del árbol, emprendiendo el vuelo hasta el techo de un edificio de departamentos.

Pasaron algunos minutos y Paloma miró su reloj de brazo. Las diez con quince marcó su Swatch Red Shore de extensible negro con vistas rojas y verdes en las orillas. La aguja horaria, corta y ancha, era de color rosa y el minutero era de color azul celeste. El segundo, pintado de color amarillo, era la aguja más delgada y aunque veloz, se movía lentamente, con una paciencia infinita ante la mirada de Paloma. Acercó el brazo a sus ojos cuando vio una hormiga caminando sobre su piel. Con un soplo amable, la hormiguita desapareció del brazo, aterrizando sobre tierra suave a medio metro de distancia de la banca.

En el rostro de Paloma podía distinguirse cierto enojo. Ahora miraba hacia adelante, con la vista puesta sobre la tierra, a unos metros delante de ella, alcan-



zando a ver algunas piedras desparpadas en el camino. Su cabello corto apenas y rozaba sus hombros. Mantenía las manos sobre las rodillas, separadas la una de la otra por algunos quince centímetros, cuando de pronto comenzó a mover con impaciencia uno de sus pies, marcando cada segundo con un pequeño golpe sobre la tierra. Momentos más tarde, comenzó a mover las rodillas de un lado al otro.

Transcurrieron algunos minutos y Paloma decidió levantarse. Se estiró de un lado a otro y se enderezó. Caminó por el borde del asiento del escaño hacia una orilla. Ahí decidió recargarse sobre el brazo de la banca. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y continuó esperando. El sol comenzaba a calentarse con más fuerza y el viento estaba quieto. Se escuchó el rodar de las llantas de un auto que pasó cerca. El cielo se despejaba de las pocas nubes que le quedaban. El sonido del órgano de la iglesia comenzó a llegar a los oídos de Paloma.

Decidió darle una vuelta a la banca cruzándola por detrás y en la otra orilla, se detuvo mirando el suelo. Llevó las manos a su cadera y clavó su mirada en lo que parecía ser su hormiguita, acercándose al árbol. Estiró la espalda para doblar la cadera y continuó su camino a la otra orilla de la banca. Se sentó en la tierra, recargando su espalda en el borde

del asiento del escaño. Recogió su pierna derecha levantando la rodilla y pasó su pierna izquierda por debajo de la otra. Unos minutos más tarde, se levantó y se dirigió a la parte trasera de la banca, desde donde lanzó una mirada hacia afuera del parque. Luego volvió al frente para sentarse otra vez.

Minutos más tarde, arribó Roberto, un chico moreno, garrudo y alto, de cabello corto. "¡Hola!", dijo él, alegremente. "Vienes cuarenta y cinco minutos tarde", le respondió Paloma. "Me distraje en la casa viendo una película y no me di cuenta del tiempo". "¡No te importó!", respondió Paloma levantándose para retirarse del lugar y dejar atrás a Roberto, quien se quedó atónito, con los hombros levantados, sin hilar nada de lo sucedido.

UNA BOLSA DE CHURRITOS ROJOS
OLGA DE LEÓN G.

Llegué cinco minutos antes de la hora que nos citaron. "¡Ah!, yo llegué casi junto a usted". "Y, ¿han llamado ya a alguien?", "Un señor acaba de entrar". "¡Uf!... ¡No llegué tarde!". La mujer se relajó y esbozó una discreta sonrisa.

Venia de un hogar algo lúgubre, triste y de ambiente pesado a pesar de que por largos momentos reinaba el silencio. Eran los ratos cuando ella recogía las cosas y ropa dejadas fuera de lugar. Pasaron las horas y el proced-

imiento para medir la curva de... no sé qué diablos, que se le iba aplicando a cada uno de los citados, todos venían acompañados por algún familiar, excepto una, que al verla con ese porte y su vestuario, a nadie sorprendió que la acompañara su chófer... o alguien de su despacho en el buffet de abogados o de la Secretaría donde quizás tendría algún cargo... qué sé yo, pero algo comentó cuando la señora mandó al hombre al auto para buscar su celular. Venía de Saltillo. Se había hecho cirugía por glaucoma en su ciudad de origen, con médico particular. ¿Qué hacía por acá? Yo entré entre los de a pie, los de transporte público o de auto muy viejito. La riquilla llegó tarde y la atendieron pronto, no tuvo que pasar las de "Cain", como el resto, incluida la que esto cuenta.

Recordó que no había tomado alimentos desde un día antes. Pero no le calaba el hambre. Sí, la falta de la sueño y descanso, que se había escamoteado en dos noches; no comprendía cómo razonaba, ni cómo soportaba estar sentada casi dos horas, esperando su siguiente turno para que fueran anestesiados sus ojos y siguiera soportando el procedimiento de la toma de presión en ellos. Qué podía comer... no le gustaba lo de la cafetería: un sándwich de jamón y queso X, en pan de caja blanco, a: ¡cincuenta y cinco pesos! Su compañerita sentada al lado de ella, quien acompañaba a su papá, le ofreció una bolsa de churritos rojos.

Tomó su mejor decisión: Iría de una a tres de la tarde por la pensión que les da "Amlito" a los adultos mayores (de las mejores cosas que ha hecho). Se dirigió a recoger su auto de hacía treinta años, al estacionamiento: sintió una puñalada en la espalda cuando tuvo que pagar, ¡ciento veinte pesos! En fin, así son los negocios. Qué importa que los clientes en su mayoría seamos universitarios con modestos sueldos: Qué importa que haya uno más sin derecho a protestar y señalar tales hechos.

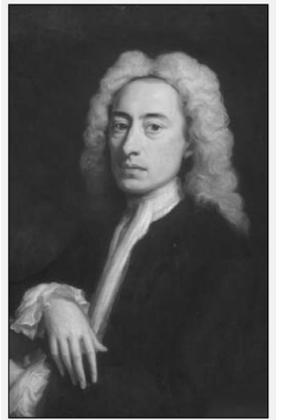
Ni para qué contar que, yo, esta narradora ya algo ajada en su cuero, deslucida de cuerpo, mas no del cerebritito, ni del corazón, y con una hormiguita de amiga que la suplanta muchas veces en sus historias: quizás las mejores que ella cree que ha escrito, con su amigo, el elefante azul...

Pues sí, como les decía: esta narradora manejó con los ojos tiesos por la anestesia, muy tensa; pero llegó a tiempo para la última ronda de pruebas, la de las tres de la tarde.

Que a qué hora terminaríamos, preguntaba mi familia: siempre al pendiente de la susodicha. Lo supe hasta que salí de surtir los medicamentos en la farmacia de Servicios Médico de la UANL, en Gonzalitos: salí de ahí a las ocho de la noche con treinta y cinco minutos, luego de trece horas de citas.

Salí a punto del desmayo, pero viva: ¡Vivan nuestros derechos a la salud!, y que viva la organización de esos derechos para pensar en los maltratos de horarios o, morir en el intento por lograr un trato digno para los mayores de edad, pensionados o activos.

Una bolsa de churritos rojos y una de papas fritas, ambas compartidas, además de unos traguitos de refresco negro me sacaron viva. Tras cuarenta y ocho horas sin dormir y más de treinta sin alimento.



Alexander Pope

(Londres, 1688 - Twickenham, Gran Bretaña, 1744) Poeta inglés. Perteneciente a la burguesía comerciante, Alexander Pope no fue aceptado en las escuelas del Estado en razón de su catolicismo, por lo que se formó con profesores particulares. Aquejado de tuberculosis y de una malformación, cifró en la gloria literaria todos sus anhelos. En 1709 publicó su primera obra, Pastorales, breves poemas influidos por el clasicismo de Horacio y Nicolás Boileau en los que establecía una estrecha relación entre arte y naturaleza, presupuestos poéticos presentes así mismo en su obra posterior.

Por esa época Alexander Pope estaba preparando el que sería el primer poema didáctico moderno que aparecía en Inglaterra, el Ensayo sobre la crítica (1711), tras cuya publicación se retiró al campo, al bosque de Windsor, para preparar la obra con la que habría de consolidarse como escritor: El rizo robado (1712, ampliado en 1714), una composición heroico-cómica sobre el ambiente de los salones de la alta sociedad escrita bajo la influencia de Vincent Voiture.

Inició allí también la traducción en verso de la Ilíada de Homero, por la que recibió los mayores reconocimientos, literarios y económicos, de su vida. Se trataba de una traducción destinada a unificar todo el poema en un tono de grandiosidad sobrehumana, en el que limó las partes más rústicas y ensalzó las heroicas y nobles. Concluida la versión en 1720, en 1725 emprendió la traducción de la Odisea; mientras, se había instalado en una villa de Twickenham, en la que Pope permanecería el resto de sus días, alternando la vida retirada y estudiosa con breves contactos con la alta sociedad.

Sus últimas obras se inscriben dentro de la corriente satírica -a menudo utilizada para defenderse de los ataques de los críticos, como en el caso de La Dunciada (1728)-, y moralista: Epístolas o Ensayos morales (1731-1735) y Ensayo sobre el hombre (1732-1734), cuyo principal modelo es Quinto Horacio Flaco, autor sobre el cual escribió las Imitaciones a Horacio (1733-1738).

ad pèdem literae

Las palabras son como las hojas; cuando abundan, poco fruto hay entre ellas.

Alexander Pope

Letras de
buen humor

He llegado por fin a lo que quería ser de mayor: un niño

Joseph Heller

Mónica Lavín

¿Para qué sirve la poesía?

En la ceremonia del Premio Cervantes 2022, el pasado 24 de abril, cuando el poeta Rafael Cadenas subió al púlpito del paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, nos preocupó que pudiera lograrlo a sus 93 años. Pero subió seguro y desde ahí sus palabras demostraron que no precisaba de esa elevación para la estatura de su discurso.

Cadenas empezó con un "estoy lleno de España" para terminar con su defensa por la democracia y la libertad.

Era la primera vez que un escritor venezolano recibía el premio en los 47 años que lleva de existencia. Después del discurso del rey Felipe VI y la colocación de la medalla, el poeta premiado, ya a ras de tierra, se giró hacia los presentes, quienes aplaudimos de pie con la emoción de estar ante el premio literario más importante en el idioma español. El español con que nos comunicamos y reconocemos más de 500 millones de personas.

La hondura y cristalina pulcritud de la poesía de Rafael Cadenas (cuya obra reunida ha sido publicada por el Fondo

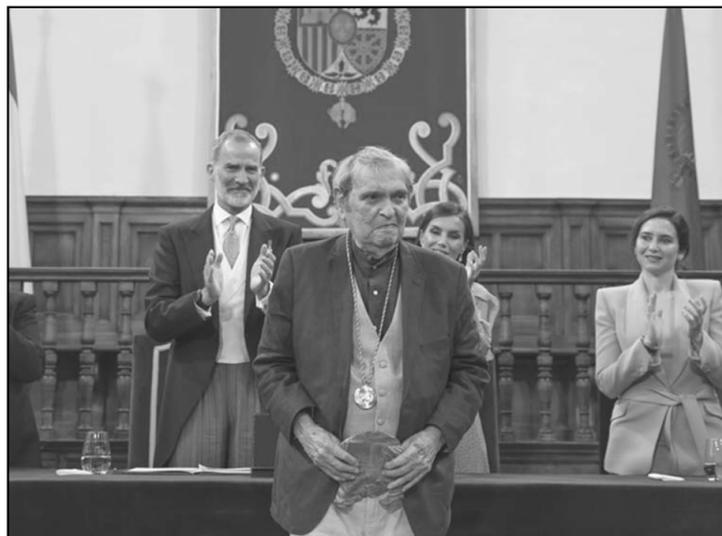
de Cultura Económica), su trabajo de minero y orfebre de palabras, de iluminador, me arropa cuando lo leo. La escritura misma es tema de muchos de sus poemas. Comparto este:

"Musa"

Concédele al poeta, si la humildad no lo ha abandonado, / las palabras justas/ para su tarea: no decir lo que se espera/ sino/ ser vocero /de la más oculta necesidad.

El poeta no concede, sino que busca, existencia adentro, lo que incluso rebasa el deseo de lo que se quiere decir. En su acomodo en la página, el poema se sostiene en el espacio blanco donde flota. Parece insistir que esa ilusoria marialuisa lo enmarca porque la blancura de lo no dicho subraya la fuerza de lo escrito. Leyendo a Rafael Cadenas me miro y me sostengo en sus versos como de una rama que le da sentido a la escritura:

Quitado de ti miras el mundo/por vez primera./ Aunque él siempre estuvo/ frente a tus ojos/ no lo notabas, pero lo vertías/ en honor de un desconocido/ a tu idioma de artesano, / a tus combina-



ciones devotas, / a tu oficio de armar vocablos/ renuentes, piedras de construcción/ para una embriaguez, / un instante sonoro de metal antiguo.

Queda el resuello de ese sonido metálico, campana o diapason. Cuerda rasgada o tecla pulsada. Algo quiebra el silencio, algo que se toca me toca.

El poema como un caracol cela la blandura de su misterio que no es receta

para la supervivencia, sino peldaño para mirar de otra manera. Un premio como el Cervantes para el poeta Rafael Cadenas celebra el espacio de la poesía, tan impráctica, tan poco leída, tan íntima y tan necesaria como un grito colectivo.

(Poemas tomados del libro Sobre abierto, de la Colección Cruz del Sur, editorial Pretextos).